

J.R.R. TOLKIEN
EL SEÑOR
de los ANILLOS
EL RETORNO
del REY

minotauro



J.R.R. Tolkien

EL
SEÑOR
DE LOS
ANILLOS
III

EL RETORNO DEL REY

minotauro

MINAS TIRITH

Pippin miró hacia fuera amparado en la capa de Gandalf. No sabía si estaba despierto o si dormía, dentro aún de ese sueño vertiginoso en que había estado envuelto desde el comienzo de la larga cabalgata. El mundo oscuro se deslizaba veloz a su lado y el viento atronaba en sus oídos. No veía nada más que las estrellas fugitivas, y lejos a la derecha desfilaban las montañas del Sur como sombras extendidas contra el cielo. Adormecido, trató de calcular las jornadas y etapas del viaje, pero todo lo que le venía a la memoria era nebuloso e impreciso.

Después de una primera etapa a una velocidad terrible y sin un solo alto, había visto al alba un resplandor dorado y pálido, y luego llegaron a la ciudad silenciosa y a la gran casa desierta en la colina. Y apenas habían tenido tiempo de refugiarse en ella cuando la sombra alada surcó otra vez el cielo, y todos se habían estremecido de horror. Pero Gandalf lo había tranquilizado con palabras dulces, y Pippin se había vuelto a dormir en un rincón, cansado pero inquieto, vagamente consciente del trajín y las conversaciones de los hombres y de Gandalf dando órdenes. Y luego a cabalgar otra vez, cabalgar en la noche. Era la segunda, no, la tercera noche desde que Pippin escudriñara la Piedra. Y con aquel recuerdo horrendo se despertó por completo y se estremeció, y el ruido del viento se pobló de voces amenazantes.

Una luz se encendió en el cielo, una llamarada de fuego amarillo detrás de unas barreras sombrías. Pippin se acurrucó, asustado por un momento, preguntándose a qué país horrible lo estaba llevando Gandalf. Se restregó los ojos y vio entonces que era la luna, ya casi llena, que se alzaba en el este por encima de las sombras. La noche era joven aún y el viaje en la oscuridad proseguiría durante horas y horas. Se sacudió y habló.

—¿Dónde estamos, Gandalf? —preguntó.

—En el reino de Gondor —respondió el mago—. Todavía no hemos dejado atrás las tierras de Anórien.

Hubo un nuevo momento de silencio. Luego: —¿Qué es eso? —exclamó Pippin de improviso, aferrándose a la capa de Gandalf—. ¡Mira! ¡Fuego, fuego rojo! ¿Hay dragones en estas tierras? ¡Mira, allí hay otro!

En respuesta, Gandalf acicateó al caballo con voz potente.

—¡Corre, Sombragris! Debemos ir más de prisa. El tiempo apremia. ¡Mira! Gondor ha encendido las almenaras pidiendo ayuda. La guerra ha comenzado. Mira, ahí está el fuego en Amon Dîn, y llamas en Eilenach; y avanzan veloces hacia el oeste: Nardol, Erelas, Min-Rimmon, Calenhad y el Halifirien en los confines de Rohan.

Pero el corcel aminoró la marcha, y avanzando al paso, levantó la cabeza y relinchó. Y desde la oscuridad le respondió el relincho de otros caballos, seguido por un sordo rumor de cascos; y en ese momento tres jinetes surgieron majestuosamente y desaparecieron como espectros alados a la luz de la luna, rumbo al Oeste. Entonces Sombragris se recompuso y corrió alejándose, y la noche lo envolvió como un viento rugiente.

Otra vez vencido por la somnolencia, Pippin escuchaba sólo a medias lo que le contaba Gandalf acerca de las costumbres de Gondor, y de cómo el Señor de la Ciudad había mandado construir almenaras en las crestas de las colinas a ambos lados de las fronteras, y mantenía allí postas con caballos frescos siempre preparados para llevar a jinetes mensajeros a Rohan en el Norte, o a Belfalas en el Sur.

—Hacía mucho tiempo que no se encendían las almenaras del Norte —dijo Gandalf—; y en los días de la antigua Gondor no eran necesarias, ya que entonces tenían las Siete Piedras.

Pippin se agitó, intranquilo.

—¡Duérmete otra vez y no temas! —le dijo Gandalf—. Tú no vas como Frodo, rumbo a Mordor, sino a Minas Tirith, y allí estarás tan a salvo como es posible en los tiempos que corren. Si

Gondor cae, o si el Anillo pasa a manos del Enemigo, entonces ni la Comarca será un refugio.

—No me tranquilizan tus palabras —dijo Pippin, pero a pesar de todo el sueño lo cubrió de nuevo. Lo último que recordó antes de caer en un sueño profundo fue el destello de unas cumbreras altas y blancas, que centelleaban como islas flotantes por encima de las nubes, reflejando la luz de una luna que descendía en el poniente. Se preguntó qué sería de Frodo, si ya habría llegado a Mordor o si estaría muerto, sin sospechar que muy lejos de allí Frodo contemplaba aquella misma luna que se escondía detrás de las montañas de Gondor antes que clareara el día.

El sonido de unas voces despertó a Pippin. Otro día de campamento furtivo y otra noche de cabalgata habían quedado atrás. Amanecía: la aurora fría estaba cerca otra vez, y los envolvían unas neblinas heladas. Sombragrís humeaba de sudor, pero erguía la cabeza con arrogancia y no mostraba signos de fatiga. Pippin vio en torno una multitud de hombres de elevada estatura envueltos en mantos pesados, y en la niebla detrás de ellos se alzaba un muro de piedra. Parecía estar en parte en ruinas, pero ya antes del final de la noche empezaron a oírse los ruidos de una actividad incesante: el golpe de los martillos, el tintineo de las llanas y el chirrido de las ruedas. Las antorchas y las llamas de las hogueras resplandecían débilmente aquí y allá en la bruma. Gandalf hablaba con los hombres que le interceptaban el paso, y Pippin comprendió mientras los escuchaba que él era el motivo de la discusión.

—Sí, es verdad, a ti te conocemos, Mithrandir —decía el jefe de los hombres—, y puesto que conoces el santo y seña de las Siete Puertas, eres libre de proseguir tu camino. Pero a tu compañero no lo conocemos. ¿Qué es? ¿Un enano de las montañas del Norte? No queremos extranjeros en el país en estos tiempos, a menos que se trate de hombres de armas vigorosos de cuya lealtad y ayuda podamos confiar.

—Yo responderé por él ante el sitial de Denethor —dijo Gandalf—. Y en cuanto al valor, no lo has de medir por el tamaño. Ha presenciado más batallas y sobrevivido a más peligros que tú, Ingold, aunque le doubles en estatura; y ahora viene del ataque a Isengard, del que traemos buenas nuevas, y está extenuado por la fatiga, de lo contrario ya lo habría despertado. Se llama Peregrin y es un hombre muy valiente.

—¿Hombre? —dijo Ingold con aire dubitativo, y los otros se echaron a reír.

—¡Hombre! —gritó Pippin, ahora bien despierto—. ¡Un hombre! ¡No, por cierto! Soy un hobbit, y de valiente tengo tan poco como de hombre, excepto quizá de tanto en tanto y sólo por necesidad. ¡No os dejéis engañar por Gandalf!

—Muchos protagonistas de grandes hazañas no podrían decir más que tú —dijo Ingold—. ¿Pero qué es un hobbit?

—Un mediano —respondió Gandalf—. No, no aquél de quien se ha hablado —añadió, viendo asombro en los rostros—. No es ése, pero sí uno de su parentesco.

—Sí, y uno que ha viajado con él —dijo Pippin—. Y Boromir, de vuestra Ciudad, estaba con nosotros, y me salvó en las nieves del Norte, y finalmente perdió la vida defendiéndome de numerosos enemigos.

—¡Silencio! —dijo Gandalf—. Esta triste nueva tendría que serle anunciada al padre antes que a ninguno.

—Ya la habíamos adivinado —dijo Ingold—, pues en los últimos tiempos hubo aquí extraños presagios. Mas, ¡pasad ahora rápidamente! El Señor de Minas Tirith querrá ver en seguida a cualquiera que le traiga las últimas noticias de su hijo, sea hombre o...

—Hobbit —dijo Pippin—. No es mucho lo que puedo ofrecerle a tu señor, pero con gusto haré cuanto esté a mi alcance en memoria de Boromir el valiente.

—¡Adiós! —dijo Ingold, mientras los hombres le abrían paso a Sombragrís que entró por una puerta estrecha tallada en el muro—. ¡Ojalá puedas aconsejar a Denethor en esta hora de

necesidad, y a todos nosotros, Mithrandir! —gritó Ingold—. Pero llegas con noticias de dolor y de peligro, como es tu costumbre, según se dice.

—Porque no vengo a menudo, a menos que mi ayuda sea necesaria —respondió Gandalf—. Y en cuanto a consejos, os diré que habéis tardado mucho en reparar el muro del Pelennor. El coraje será ahora vuestra mejor defensa ante la tempestad que se avecina... el coraje y la esperanza que os traigo. Porque no todas las noticias que traigo son adversas. ¡Pero dejad las llanas y afilad las espadas!

—Los trabajos estarán concluidos antes del anoecer —dijo Ingold—. Ésta es la última parte del muro defensivo: la menos expuesta a los ataques, pues mira hacia nuestros amigos de Rohan. ¿Sabes algo de ellos? ¿Crees que responderán a nuestro llamamiento?

—Sí, acudirán. Pero han librado muchas batallas a vuestras espaldas. Esta ruta ya no es segura, ni ninguna otra. ¡Estad alerta! Pues sin Gandalf, Cuervo de la Tempestad, lo que veríais venir de Anórien sería un ejército de enemigos y no Jinetes de Rohan. Y todavía podría pasar. ¡Adiós, y no os durmáis!

Gandalf se internó entonces en las tierras salvajes que se abrían del otro lado del Rammas Echor. Así llamaban los hombres de Gondor al muro exterior que habían construido con tantos afanes, después de que Ithilien cayera bajo la sombra de su Enemigo. Corría unas diez leguas o más desde el pie de las montañas, y después retrocedía nuevamente para cercar los campos del Pelennor: campiñas hermosas y feraces recostadas en las largas lomas y terrazas que descendían hacia el lecho del Anduin. En el punto más alejado de la Gran Puerta de la Ciudad, al nordeste, el muro estaba a una distancia de cuatro leguas, y allí, desde una orilla encapotada, dominaba los llanos extensos que costean el río; y los hombres lo habían construido alto y resistente; pues en ese paraje, sobre un terraplén fortificado, la carretera venía de los

vados y los puentes de Osgiliath y atravesaba una puerta custodiada por dos torres almenadas. En el punto más cercano el muro se alzaba a poco más de una legua de la Ciudad, al sudeste. Allí el Anduin, abrazando en una amplia curva las colinas de Emyr Arnen en Ithilien del Sur, giraba bruscamente hacia el oeste, y el muro exterior se elevaba a la orilla misma del río; y bajo él se extendían los muelles y embarcaderos del Harlond destinados a las naves que remontaban la corriente desde los feudos del sur.

Las tierras cercadas por el muro eran ricas y abundaban los amplios campos de cultivo y las huertas: había allí granjas con hornos de lúpulo y graneros, dehesas y establos, y muchos arroyos que descendían en ondas a través de los prados verdes hacia el Anduin. Sin embargo, eran pocos los agricultores y los criadores de ganado que moraban en la región, pues la mayor parte de la gente de Gondor vivía dentro de los siete círculos de la Ciudad, o en los altos valles a lo largo de los flancos de las montañas, en Lossarnach, o más al sur en la esplendente Lebennin, la de los cinco ríos rápidos. Allí, entre las montañas y el mar, habitaba un pueblo de hombres robustos. Se los consideraba hombres de Gondor, aunque su sangre era mestiza, y había entre ellos algunos pequeños de talla y morenos de tez cuya ascendencia se remontaba sin duda a los hombres olvidados que vivieran a la sombra de las montañas, en los Años Oscuros anteriores a los reyes. Pero más allá, en el gran feudo de Belfalas, residía el Príncipe Imrahil en el castillo de Dol Amroth a orillas del mar, y era de alto linaje, al igual que todos los suyos, hombres altos y arrogantes, de ojos grises como el mar.

Al cabo de algún tiempo de cabalgata la luz del día creció en el cielo, y Pippin, despertándose, miró alrededor. Un océano de bruma, que hacia el Este se agigantaba en una sombra tenebrosa, se extendía a su izquierda; pero a su derecha, unas montañas enormes erguían sus cabezas en una cadena que partía desde el Oeste hasta interrumpirse escarpada y bruscamente, como si en la hechura de aquella tierra el Río se hubiese precipitado a través de una gran barrera, excavando un valle majestuoso para servir de

terreno de batallas y discordias en tiempos por venir. Y allí donde terminaban las Montañas Blancas de las Ered Nimrais Pippin vio, como le había prometido Gandalf, la mole oscura del Monte Mindolluin, las profundas sombras purpúreas de las altas gargantas, y la elevada cara de la montaña, más blanca cada vez bajo la creciente luz del día. Y sobre su rodilla adelantada estaba la Ciudad Guardada, con sus siete muros hechos de una piedra tan antigua y poderosa que, más que construida, parecía tallada por gigantes de la osamenta misma de la montaña.

Y entonces, ante los ojos maravillados de Pippin, el color de los muros cambió de un gris acechante al blanco, un blanco que la aurora arrebolaba apenas, y de improviso el sol trepó por encima de las sombras del este y envió un rayo que bañó el rostro de la Ciudad. Y Pippin dejó escapar un grito de asombro, pues la Torre de Ecthelion, que se alzaba en el interior del muro más alto, resplandeció contra el cielo, rutilante como una espiga de perla y plata, alta y esbelta y armoniosa, y el pináculo centelleaba cual si estuviese hecho de cristal tallado; y unas banderas blancas aparecieron de pronto en las almenas y flamearon en la brisa matutina, y Pippin oyó, alto y lejano, un tañido claro y vibrante como de trompetas de plata.

Así fue que Gandalf y Peregrin llegaron a la salida del sol a la Gran Puerta de los Hombres de Gondor, y los batientes de hierro se abrieron ante ellos.

—¡Mithrandir! ¡Mithrandir! —gritaban los hombres—. ¡Ahora sabemos con certeza que la tempestad se avecina!

—Está sobre vosotros —dijo Gandalf—. Yo he cabalgado en sus alas. ¡Dejadme pasar! Tengo que ver a vuestro Señor Denethor mientras dure su senescalía. Suceda lo que suceda, Gondor ya nunca será el país que habéis conocido. ¡Dejadme pasar!

Los hombres retrocedieron ante el tono imperioso de Gandalf y no le hicieron más preguntas, pero observaron perplejos al

hobbit que iba sentado delante de él y al caballo que lo transportaba. Pues las gentes de la Ciudad rara vez utilizaban caballos, y no era habitual verlos por las calles, excepto los que montaban los mensajeros de Denethor. Y dijeron: —Ha de ser sin duda uno de los grandes corceles del Rey de Rohan. Tal vez los Rohirrim llegarán pronto trayéndonos refuerzos. —Pero ya Sombragrís avanzaba con paso arrogante por el camino sinuoso.

La arquitectura de Minas Tirith era tal que la ciudad estaba construida en siete niveles, cada uno de ellos excavado en la colina y rodeado de un muro; y en cada muro había una puerta. Pero estas puertas no se sucedían en una línea recta: la Gran Puerta del Muro de la Ciudad se abría en el extremo oriental del circuito, pero la siguiente miraba al sureste, y la tercera nordeste y así sucesivamente, hacia uno y otro lado, siempre en ascenso, de modo que la ruta pavimentada que subía a la Ciudadela giraba primero en un sentido, luego en el otro a través de la cara de la colina. Y cada vez que cruzaba la línea de la Gran Puerta corría por un túnel abovedado, penetrando en un vasto espolón de roca cuyo enorme contrafuerte dividía en dos todos los círculos de la Ciudad, con excepción del primero. Pues como resultado de la forma primitiva de la colina y de la notable destreza y esforzada labor de los hombres de antaño, detrás del patio espacioso al que la Puerta daba acceso se alzaba un imponente bastión de piedra; la arista, aguzada como la quilla de un barco, miraba hacia el este. Ascendía regularmente hasta llegar al círculo superior que estaba coronado de almenas, permitiendo de esta manera a los hombres que se encontraban en la Ciudadela, cual marineros de una nave descomunal, vigilar verticalmente desde su cumbre la Puerta situada setecientos pies más abajo. También la entrada de la Ciudadela miraba al este, pero estaba excavada en el corazón de la roca; desde allí, una larga pendiente alumbrada por faroles subía hasta la séptima puerta. Por ese camino llegaban por fin los hombres al fin al

Patio Alto, y a la Plaza del Manantial al pie de la Torre Blanca; alta y soberbia, medía cincuenta brazas desde la base hasta el pináculo, donde la bandera de los Senescales flameaba a mil pies por encima de la llanura.

Era sin duda una fortaleza poderosa, y en verdad inexpugnable, si había en ella cualquiera capaz de tomar las armas, a menos que el adversario entrara desde atrás, y escalando las cuestas inferiores del Mindolluin consiguiera llegar al brazo estrecho que unía la Colina de la Guardia a la montaña. Pero esa estribación, que alcanzaba la altura del quinto muro, estaba flanqueada por grandes adarves hasta el borde mismo del precipicio en el extremo occidental; y en ese lugar se alzaban las moradas y las tumbas abovedadas de los reyes y señores de antaño, ahora para siempre silenciosos entre la montaña y la torre.

Pippin contemplaba con asombro creciente la enorme ciudad de piedra, más vasta y más espléndida que todo cuanto hubiera podido soñar; era más grande y más fuerte que Isengard, y mucho más hermosa. Sin embargo, la ciudad declinaba en verdad año tras año, ya faltaba la mitad de los hombres que hubieran podido vivir allí cómodamente. En todas las calles pasaban por delante de alguna mansión o palacio sobre cuyos portales y arcadas había muchas hermosas letras grabadas, de perfiles raros y antiguos: los nombres, supuso Pippin, de los nobles señores y familias que habían vivido allí en otros tiempos; pero ahora estaban en silencio, no había rumores de pasos en los vastos recintos embaldosados, ni voces que resonaran en los salones, ni rostros que se asomaran a las puertas o a las vacías ventanas.

Salieron por fin de las sombras en la puerta séptima, y el mismo sol cálido que brillaba sobre el río mientras Frodo se paseaba por los claros de Ithilien, iluminó los muros lisos y las columnas recias, y la cabeza majestuosa y coronada de un rey esculpida en la clave de la arcada. Gandalf desmontó, pues la entrada de caballos estaba prohibida en la Ciudadela, y Sombragrís,

consolado por la voz afectuosa de su amo, permitió reticentemente que lo alejaran de allí.

Los Guardias de la puerta llevaban túnicas negras, y yelmos de forma extraña: altos de cimera y ajustados a las mejillas por largas carrilleras, sobre las cuales lucían alas blancas de aves marinas; pero los yelmos, preciadas reliquias de las glorias de otro tiempo, estaban forjados en *mithril*, y resplandecían con una llama de plata. Y en las sobrevestas negras habían bordado un árbol blanco con flores como de nieve bajo una corona de plata y estrellas de numerosas puntas. Tal era la librea de los herederos de Elendil, y ya nadie la usaba en todo Gondor salvo los Guardias de la Ciudadela apostados ante el Patio del Manantial, donde antaño creciera el Árbol Blanco.

Al parecer la noticia de la llegada de Gandalf y Pippin había precedido a los viajeros, y fueron admitidos inmediatamente, en silencio y sin interrogatorios. Gandalf cruzó con paso rápido el patio pavimentado de blanco. Un manantial canturreaba allí al sol de la mañana, rodeado por pasto de un verde luminoso; pero en el centro, encorvado sobre la fuente, se alzaba un árbol muerto, y las gotas resbalaban melancólicamente por las ramas quebradas y estériles y caían de vuelta en agua clara.

Pippin le echó una mirada fugaz mientras correteaba en pos de Gandalf. Le pareció triste y se preguntó por qué habrían dejado un árbol muerto en aquel lugar donde todo lo demás estaba tan bien cuidado.

Siete estrellas y siete piedras y un Árbol Blanco.

Las palabras que le oyera murmurar a Gandalf le volvieron a la memoria. Y en ese momento se encontró a las puertas del gran salón bajo la torre refulgente; y siguiendo al mago pasó junto a los ujieres altos y silenciosos y penetró en las sombras frescas y pobladas de ecos de la casa de piedra.

Mientras atravesaban una galería embaldosada, larga y desierta, Gandalf le hablaba a Pippin en voz muy baja: —¡Cuida

tus palabras, Maese Peregrin! No es momento de mostrar el despapajo típico de los hobbits. Théoden es un anciano bondadoso. Denethor es otro tipo de persona, orgulloso y perspicaz, más poderoso y de más alto linaje, aunque no lo llamen rey. Pero querrá sobre todo hablar contigo, y te hará muchas preguntas, ya que tú puedes darle noticias de su hijo Boromir. Lo amaba mucho, demasiado tal vez; y más aún porque era tan diferente a él. Pero con el pretexto de ese amor supondrá que le es más fácil enterarse por ti que por mí de lo que desea saber. No le digas una palabra más de lo necesario, y no toques el tema de la misión de Frodo. Yo me ocuparé de eso a su tiempo. Y tampoco menciones a Aragorn, a menos que te veas obligado.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa con Trancos? —preguntó Pippin en voz baja—. Tenía la intención de venir aquí ¿no? De todos modos, no tardará en llegar.

—Quizá, quizá —dijo Gandalf—. Pero si viene, lo hará de una manera inesperada para todos, incluso para el propio Denethor. Será mejor así. En todo caso, no nos corresponde a nosotros anunciar su llegada.

Gandalf se detuvo ante una puerta alta de metal pulido. —Escucha, Maese Pippin, no tengo tiempo ahora de enseñarte la historia de Gondor; aunque sería preferible que tú mismo hubieras aprendido algo en los tiempos en que robabas huevos de los nidos y holgazaneabas en los bosques de la Comarca. ¡Haz lo que te digo! No es prudente, por cierto, cuando vienes a darle a un poderoso señor la noticia de la muerte de su heredero, hablarle en demasía de la llegada de aquel que puede reivindicar derechos sobre el trono. ¿Te basta con esta respuesta?

—¿Derechos sobre el trono? —dijo Pippin, estupefacto.

—Sí —dijo Gandalf—. Si has caminado todos estos días con las orejas tapadas y la mente dormida, ¡es hora de que despiertes!

Llamó a la puerta.

La puerta se abrió, pero no vieron a nadie que la abriera. La mirada de Pippin se perdió en un salón enorme. La luz entraba por ventanas profundas alineadas en las naves laterales, más allá

de las hileras de altas columnas que sostenían el techo. Cual monolitos de mármol negro, se elevaban hasta los soberbios capiteles esculpidos con las más variadas y extrañas figuras de animales y follajes, y mucho más arriba, en la penumbra, la gran bóveda relumbraba de oro mate. El suelo era de brillante y pulida piedra blanca, engastada con tracerías y arabescos multicolores. No se veían en aquel recinto largo y solemne tapices ni colgaduras historiadas, ni había un solo objeto de paño entretejido o de madera; pero entre los pilares se erguía una compañía silenciosa de altas estatuas talladas en la piedra fría.

Pippin recordó de pronto las rocas talladas de los Argonath, y un temor extraño se apoderó de él, mientras contemplaba aquella galería de reyes muertos en tiempos remotos. En el otro extremo del salón, sobre un estrado precedido de muchos escalones, bajo un palio de mármol en forma de yelmo coronado, se alzaba un alto trono; detrás del trono, tallada en la pared y recamada de piedras preciosas, se veía la imagen de un árbol en flor. Pero el trono estaba vacío. Al pie del estrado, en el primer escalón, que era ancho y profundo, había un sitio de piedra, negro y sin ornamentos, y en él, con la cabeza gacha y la mirada fija en el regazo, estaba sentado un anciano. Tenía en la mano un bastón blanco de pomo de oro. No levantó la vista. Gandalf y Pippin atravesaron el largo salón solemnemente hasta detenerse a tres pasos de su escabel.

—¡Salve, Señor y Senescal de Minas Tirith, Denethor hijo de Echelion! He venido a traerte consejo y noticias en esta hora sombría.

Entonces el anciano alzó los ojos. Pippin vio su rostro esculpido, la orgullosa osamenta bajo la piel de marfil, y la larga nariz aguilena entre los ojos sombríos y profundos; y más que a Boromir, le recordó a Aragorn.

—Sombría es en verdad la hora —dijo el anciano—, y siempre acostumbras a venir en momentos como éste, Mithrandir. Mas aunque todos los presagios anuncian la ruina próxima de Gondor, menos me afecta esa oscuridad que mi propia oscuridad.

Me han dicho que traes contigo a alguien que ha visto morir a mi hijo. ¿Es él?

—Es él —dijo Gandalf—. Uno de los dos. El otro está con Théoden de Rohan, y es posible que también venga de un momento a otro. Son medianos, como ves, mas éste no es aquél de quien hablaban los presagios.

—Un mediano de todos modos —dijo Denethor con amargura—, y poco amor me inspira este nombre, desde que aquellas palabras malditas vinieron a perturbar nuestros consejos y arrasaron a mi hijo a la salvaje aventura en la que perdió la vida. ¡Mi Boromir! Ahora necesitamos de ti. Faramir tenía que haber partido en su lugar.

—Lo habría hecho —dijo Gandalf—. ¡No seas injusto en tu dolor! Boromir reclamó para sí la misión y no permitió que otro la cumpliera. Era un hombre autoritario que nunca daba el brazo a torcer. Viajé con él muy lejos y llegué a conocerlo. Pero hablas de su muerte. ¿Has tenido noticias de ella antes de que llegáramos?

—He recibido esto —dijo Denethor, y dejando a un lado el cetro levantó del regazo el objeto que había estado mirando. Levantó en cada mano una mitad de un cuerno grande, partido en dos: un cuerno de buey salvaje guarnecido de plata.

—¡Es el cuerno que Boromir llevaba siempre consigo! —exclamó Pippin.

—Así es —dijo Denethor—. Y yo lo llevé en mis tiempos como todos los primogénitos de nuestra casa, desde los años ya olvidados anteriores a la caída de los reyes, cuando Vorondil padre de Mardil cazaba las vacas salvajes de Araw en las tierras lejanas de Rhûn. Lo oí sonar débilmente en las marcas septentrionales hace trece días, y el Río me lo trajo, quebrado: ya nunca más volverá a sonar. —Calló, y por un momento hubo un silencio pesado. De improviso, Denethor volvió hacia Pippin su oscura mirada. —¿Qué puedes decirme tú sobre ello, mediano?

—Trece, trece días —balbuceó Pippin—. Sí, creo que fue entonces. Sí, yo estaba con él cuando sopló el cuerno. Pero nadie acudió en nuestra ayuda. Sólo más orcos.

—Ah —dijo Denethor, observando intensamente el rostro de Pippin—. ¿De modo que tú estabas allí? ¡Cuéntame más! ¿Por qué nadie acudió en vuestra ayuda? ¿Y cómo fue que tú escapaste, y él no lo hizo, poderoso como era, y sin más adversarios que unos orcos?

Pippin se sonrojó y olvidó sus temores. —El más poderoso de los hombres puede morir atravesado por una sola flecha —replicó—, y Boromir fue atravesado por muchas. Cuando lo vi por última vez estaba caído al pie de un árbol y se arrancaba del flanco un dardo empenachado en negro. Luego me desmayé y fui hecho prisionero. Nunca más lo vi, y esto es todo cuanto sé. Pero honro su memoria, pues era muy valiente. Murió por salvarnos, a mi pariente Meriadoc y a mí, asediados en los bosques por la soldadesca del Señor Oscuro; y aunque haya sucumbido y fracasado, mi gratitud no es menos grande.

Ahora era Pippin quien miraba al anciano a los ojos, movido por un orgullo extraño, aún ofendido por el desdén y la suspicacia que había advertido en la voz glacial de Denethor.

—Comprendo que un gran Señor de los Hombres juzgará de escaso valor los servicios de un hobbit, un mediano de la Comarca septentrional, pero así y todo, los ofrezco en retribución de mi deuda. —Y abriendo de un tirón nervioso los pliegues de la capa, sacó del cinto la pequeña espada y la puso a los pies de Denethor.

Una sonrisa pálida, como un rayo de sol frío en un atardecer de invierno, pasó por el semblante del viejo, pero en seguida inclinó la cabeza y tendió la mano, apartando los fragmentos del cuerno.

—¡Dame esa espada! —dijo.

Pippin levantó el arma y se la presentó por la empuñadura.

—¿De dónde proviene? —inquirió Denethor—. Muchos, muchos años han pasado por ella. ¿No habrá sido forjada por los de mi raza en el Norte, en un tiempo ya muy remoto?

—Viene de los túmulos que se extienden en los límites de mi país —dijo Pippin—. Pero ahora sólo viven allí seres malignos, y no querría hablar voluntariamente de ellos.

—Veo que te has visto envuelto en historias extrañas —dijo Denethor—, y una vez más compruebo que las apariencias pueden ser engañosas, en un hombre... o en un mediano. Acepto tus servicios. Porque advierto que no te dejas intimidar por las palabras; y te expresas en un lenguaje cortés, por extraño que pueda sonarnos a nosotros, aquí en el Sur. Y en los días por venir tendremos mucha necesidad de personas cortesas, grandes o pequeñas. ¡Ahora préstame juramento!

—Toma la espada por la empuñadura —dijo Gandalf— y repite las palabras del Señor, si en verdad estás decidido.

—Lo estoy —dijo Pippin.

El viejo depositó la espada sobre sus rodillas; Pippin apoyó la mano sobre la guardia y repitió lentamente las palabras de Denethor.

—Juro ser fiel y prestar mis servicios a Gondor, y al Señor y Senescal del Reino, con la palabra y el silencio, en el hacer y el dejar hacer, yendo y viniendo, en tiempos de abundancia o de necesidad, tanto en la paz como en la guerra, en la vida y en la muerte, a partir de este momento y hasta que mi señor me libere, o la muerte me lleve, o perezca el mundo. ¡Así he hablado yo, Peregrin hijo de Paladín de la Comarca de los medianos!

—Y te he oído yo, Denethor hijo de Ecthelion, Señor de Gondor, Senescal del Alto Rey, y no olvidaré tus palabras, ni dejaré de recompensar lo que me será dado: fidelidad con amor, valor con honor, perjurio con venganza. —La espada le fue restituida a Pippin, quien la envainó de nuevo. —Y ahora —dijo Denethor— he aquí mi primera orden: ¡habla y no ocultes nada! Cuéntame tu historia completa y trata de recordar todo lo que puedas acerca de Boromir, mi hijo. ¡Siéntate ahora, y comienza! —Y mientras hablaba golpeó un pequeño gong de plata que había junto al escabel, e instantáneamente acudieron los sirvientes. Pippin se dio cuenta entonces de que habían estado aguardando en nichos a ambos lados de la puerta, nichos que ni él ni Gandalf habían visto al entrar.

»Traed vino y comida y asientos para los huéspedes —dijo Denethor—, y cuidado que nadie nos moleste durante una hora.

»Es todo el tiempo que puedo dedicaros, pues muchas otras cosas reclaman mi atención —le dijo a Gandalf—. Problemas que pueden parecer más importantes pero que a mí en este momento me apremian menos. Sin embargo, tal vez podamos volver a hablar al final del día.

—Y quizá antes, espero —dijo Gandalf—. Porque no he cabalgado hasta aquí desde Isengard, ciento cincuenta leguas a la velocidad del viento, con el único propósito de traerte a un pequeño guerrero, por muy cortés que sea. ¿No significa nada para ti que Théoden haya librado una gran batalla, que Isengard haya sido destruida, y que yo haya roto la vara de Saruman?

—Significa mucho para mí. Pero de esas hazañas conozco bastante como para tomar mis propias decisiones contra la amenaza del Este. —Volvió hacia Gandalf sus ojos negros, y Pippin notó de pronto un parecido entre los dos, y sintió la tensión entre ellos, casi como si viese una línea de fuego humeante, extendida de ojo a ojo, que de un momento a otro pudiera estallar en una llamarada.

A decir verdad, Denethor tenía mucho más que Gandalf los aires de un gran mago: una apostura más señorial, facciones más armoniosas, y parecía más poderoso, y más viejo. Sin embargo, Pippin percibía, con algún sentido diferente a la vista, que era Gandalf quien tenía los poderes más altos y la sabiduría más profunda, a la vez que una velada majestad. Y era más viejo, muchísimo más viejo.

—¿Cuánto más? —se preguntó, y le extrañó no haberlo pensado nunca hasta ese momento. Algo había dicho Bárbol a propósito de los magos, pero en ese entonces la idea de que Gandalf era un mago no había pasado por la mente del hobbit. ¿Qué era Gandalf? ¿En qué tiempo y lugar remoto había venido al mundo, y cuándo lo abandonaría? Pippin interrumpió sus cavilaciones y vio que Denethor y Gandalf continuaban mirándose a los ojos, como si cada uno tratase de descifrar el

pensamiento del otro. Pero fue Denethor el primero en apartar la mirada.

—Sí —dijo—, porque si bien las Piedras, según se dice, se han perdido, los señores de Gondor tienen aún la vista más penetrante que los hombres menores, y captan muchos mensajes. Mas ¡tomad asiento ahora!

En ese momento entraron unos criados transportando una silla y un taburete bajo; otro traía una bandeja con un botellón de plata y copas, y pastelillos blancos. Pippin se sentó, pero no pudo dejar de mirar al anciano señor. No supo si era verdad o mera imaginación, pero le pareció que al mencionar las Piedras la mirada del viejo se había clavado en él un instante, con un resplandor súbito.

—Y ahora, vasallo mío, nárrame tu historia —dijo Denethor, en un tono a medias benévolo, a medias burlón—. Pues las palabras de alguien que era tan amigo de mi hijo serán por cierto bienvenidas.

Pippin no olvidaría nunca aquella hora en el gran salón bajo la mirada penetrante del Señor de Gondor, acosado una y otra vez por las preguntas astutas del anciano, y a la vez consciente sin cesar de la presencia de Gandalf que lo observaba y lo escuchaba, y que reprimía (tal fue la impresión del hobbit) una cólera y una impaciencia crecientes. Cuando pasó la hora, y Denethor volvió a golpear el gong, Pippin estaba extenuado. —No pueden ser más de las nueve en punto —se dijo—. En este momento podría engullir tres desayunos, uno tras otro.

—Conducid al señor Mithrandir a los aposentos que le han sido preparados —dijo Denethor—, y su compañero puede alojarse con él por ahora, si así lo desea. Pero que se sepa que he recibido su juramento de fidelidad a mi servicio; de hoy en adelante se le conocerá con el nombre de Peregrin hijo de Paladin,

y se le enseñarán las contraseñas menores. Mandad un mensaje a los Capitanes para que se reúnan conmigo aquí, lo antes posible después de que haya sonado la hora tercera.

»Y tú, mi Señor Mithrandir, también podrás asistir también, cómo y cuando quieras. Nadie te impedirá visitarme cuando tú lo quieras, salvo durante mis breves horas de sueño. ¡Deja pasar la cólera que ha provocado en ti la locura de un anciano, y vuelve luego a consolarme!

—¿Locura? —respondió Gandalf—. No, mi Señor, si alguna vez te conviertes en un viejo chocho, ese día morirás. Si hasta eres capaz de utilizar el dolor para ocultar tus maquinaciones. ¿Crees que no comprendí tus propósitos al interrogar durante una hora al que menos sabe, estando yo presente?

—Si lo has comprendido, date por satisfecho —replicó Denethor—. Sería una locura ser tan orgulloso como para desdeñar ayuda y consejos en tiempos de necesidad; pero tú sólo dispensas esos dones de acuerdo con tus propios designios. Mas el Señor de Gondor no habrá de convertirse en instrumento de los propósitos de otros hombres, por nobles que sean. Y para él no hay en el mundo en que hoy vivimos una meta más alta que el bien de Gondor; y el gobierno de Gondor, mi Señor, está en mis manos y no en las de otro hombre, a menos que retornara el rey.

—¿A menos que retornara el rey? —repitió Gandalf—. Y bien, señor Senescal, tu misión es conservar del reino todo lo que puedas aguardando ese acontecimiento que ya muy pocos hombres esperan ver. Para el cumplimiento de esa tarea recibirás toda la ayuda que desees. Mas una cosa quiero decirte: yo no gobierno en ningún reino, ni en el de Gondor ni en ningún otro, grande o pequeño. Pero todas las cosas de valor que hoy peligran en el mundo están a mi cargo. Y yo por mi parte, no fracasaré del todo en mi trabajo, aunque Gondor perezca, si algo aconteciera en esta noche que aún pueda crecer en belleza y dar otra vez flores y frutos en los tiempos por venir. Pues también yo soy un senescal. ¿No lo sabías? —Y con estas palabras dio media vuelta y salió del salón a grandes pasos, mientras Pippin corría a su lado.

Gandalf no miró a Pippin mientras se marchaban, ni le dijo una sola palabra. El guía que esperaba a las puertas del palacio los condujo a través del Patio del Manantial hasta un callejón flanqueado por altos edificios de piedra. Después de varios giros llegaron a una casa vecina al muro de la ciudadela, del lado norte, no lejos del hombro que unía la colina a la montaña. Una vez dentro, el guía los llevó por una amplia escalera tallada al primer piso sobre la calle, donde les mostró una estancia acogedora, luminosa y aireada, decorada con hermosos tapices de oro mate con brillo informe. La estancia estaba apenas amueblada, pues sólo había allí una mesa pequeña, dos sillas y un banco; pero a ambos lados detrás de unas cortinas había alcobas, provistas de buenos lechos y de vasijas y jofainas para lavarse. Tres ventanas altas y estrechas miraban al norte, más allá de la gran curva del Anduin todavía envuelta en la niebla, hacia las Eryn Mui y el Rauros en lontananza. Pippin tuvo que subir al banco para asomarse por encima del profundo antepecho de piedra.

—¿Estás enfadado conmigo, Gandalf? —dijo cuando el guía salió de la habitación y cerró la puerta—. Hice lo mejor que pude.

—¡Lo hiciste, sin duda! —respondió Gandalf con una súbita carcajada; y acercándose a Pippin se detuvo junto a él y rodeó con un brazo los hombros del hobbit mientras miraba por la ventana. Pippin echó una mirada perpleja al rostro ahora tan próximo al suyo, pues la risa del mago había sido suelta y jovial. Sin embargo, al principio sólo vio en el rostro de Gandalf arrugas de preocupación y tristeza; no obstante, al mirar con más atención, advirtió que detrás había una gran alegría: un manantial de júbilo que si empezaba a brotar bastaría para que todo un reino estallara en carcajadas—. Claro que lo hiciste —dijo el mago—; y espero que no vuelvas a encontrarte demasiado pronto en un trance semejante, acorralado entre dos viejos tan terribles. De todos modos, el Señor de Gondor ha sabido por ti mucho más de lo que puedes sospechar, Pippin. No pudiste ocultar que no fue Boromir quien condujo a la Compañía fuera de Moria,

ni que había entre vosotros alguien de alto rango que iba a Minas Tirith; y que llevaba una espada famosa. En Gondor la gente piensa mucho en las historias del pasado, y Denethor ha meditado largamente en el poema y en las palabras *el Azote de Isildur*, después de la partida de Boromir.

»No es semejante a los otros hombres de esta época, Pippin, y cualquiera que sea su ascendencia, de padres a hijos, por cierta suerte la sangre de Oesternesse le corre casi pura por las venas, como por las de su otro hijo, Faramir; y en cambio, no por las de Boromir, que sin embargo, era el predilecto. Sabe ver a la distancia, y es capaz de adivinar, si aplica su voluntad a ello, mucho de lo que pasa por la mente de los hombres, aun de los que habitan muy lejos. Es difícil engañarlo, y peligroso intentarlo.

»¡Recuérdalo! Pues ahora has prestado juramento de fidelidad a su servicio. No sé qué pudo inspirar a tu cabeza, o a tu corazón, para hacerlo. Pero hiciste bien. No te lo impedí porque los actos generosos no han de ser reprimidos por fríos consejos. Tu actitud lo conmovió, y al mismo tiempo (permíteme que te lo diga) lo divirtió. Y por lo menos eres libre ahora de ir y venir a tu gusto por Minas Tirith... cuando no estés de servicio. Porque hay un reverso de la medalla: estás a sus órdenes, y él no lo olvidará. ¡Sé siempre cauteloso!

Calló un momento y suspiró.

—Bien, de nada vale especular sobre lo que traerá el mañana. Pero eso sí, ten la certeza de que por muchos días el mañana será peor que el hoy. Y yo nada más puedo hacer para impedirlo. El tablero está dispuesto, y ya las piezas están en movimiento. Una de ellas, que con todas mis fuerzas deseo encontrar, es Faramir, el actual heredero de Denethor. No creo que esté en la Ciudad; pero no he tenido tiempo de reunir información. Tengo que marcharme, Pippin. Tengo que asistir al consejo de estos señores y enterarme de cuanto pueda. Pero el Enemigo moverá primero, y está a punto de iniciar a fondo la partida. Y los peones participarán del juego tanto como cualquiera, Peregrin hijo de Paladin, soldado de Gondor. ¡Afila tu espada!

Gandalf se encaminó a la puerta, y al llegar a ella se giró. —Tengo prisa, Pippin —dijo—. Hazme un favor cuando salgas, o incluso antes de irte a dormir, si no estás demasiado fatigado. Ve y busca a Sombragrís, y revisa cómo lo han acomodado. Las gentes de aquí son sabias y nobles de corazón, y bondadosas con los animales, pero no es mucho lo que entienden de caballos.

Y diciendo estas palabras, Gandalf salió; en ese momento se oyó la nota clara y melodiosa de una campana que repicaba en una torre de la ciudadela. Sonó tres veces, como plata en el aire, y calló: la hora tercera después de la salida del sol.

Al cabo de un minuto Pippin se encaminó a la puerta, bajó por la escalera, y al llegar a la calle miró alrededor. Ahora el sol brillaba, cálido y luminoso, y las torres y las casas altas proyectaban hacia el oeste largas sombras nítidas. Arriba, en el aire azul, el Monte Mindolluin elevaba su yelmo blanco y su manto de nieve. Hombres armados iban y venían por las calles de la Ciudad, como si el toque de la hora les señalara el cambio de guardias y servicios.

—En la Comarca diríamos que son las nueve de la mañana —se dijo Pippin en voz alta—. La hora justa para un buen desayuno junto a la ventana abierta, al sol primaveral. ¡Cuánto me gustaría tomar un desayuno! ¿No desayunarán las gentes de este país, o ya habrá pasado la hora? ¿Y a qué hora cenarán, y dónde?

En ese momento vio a un hombre vestido de blanco y negro que venía del centro de la ciudadela, y avanzaba por la calle estrecha hacia él. Pippin se sentía solo y resolvió hablarle cuando él pasara, pero no fue necesario. El hombre vino directamente hacia él.

—¿Eres tú Peregrin el mediano? —le preguntó—. He sabido que has prestado juramento de fidelidad al servicio del Señor y de la Ciudad. ¡Bienvenido! —Le tendió la mano, y Pippin se la estrechó. —Me llamo Beregonde hijo de Baranor. No estoy de servicio esta mañana y me han mandado a enseñarte las contraseñas,

y a explicarte algunas de las muchas cosas que sin duda querrás saber. A mí, por mi parte, también me gustaría saber algo de ti. Porque nunca hasta ahora hemos visto un mediano en esta tierra, y aunque hemos oído algunos rumores, poco se habla de ellos en las historias y leyendas que conocemos. Además, eres amigo de Mithrandir. ¿Lo conoces bien?

—Bueno —repuso Pippin—. He *oído hablar* de él durante toda mi corta existencia, por así decir; y en los últimos tiempos he viajado grandes distancias en su compañía. Pero es un libro en el que hay mucho que leer, y faltaría a la verdad si dijese que he recorrido más de un par de páginas. Sin embargo, es posible que lo conozca tan bien como cualquiera, salvo unos pocos. Aragorn era el único de nuestra Compañía que lo conocía de veras.

—¿Aragorn? —preguntó Beregond—. ¿Quién es ese Aragorn?

—Oh —balbuceó Pippin—, era un hombre que solía viajar con nosotros. Creo que ahora está en Rohan.

—Has estado en Rohan, por lo que veo. También sobre esa tierra hay muchas cosas que me gustaría preguntarte; porque muchas de las menguadas esperanzas que aún alimentamos dependen de sus gentes. Pero me estoy olvidando de mi misión, que consistía en responder primero a todo cuanto tú quisieras preguntarme. Bien, ¿qué te gustaría saber, Maese Peregrin?

—Mm... bueno... —dijo Pippin—, si me atrevo a decirlo, la pregunta un tanto imperativa que en este momento me viene a la mente es... bueno... ¿qué pasa con el desayuno y todo lo demás? Quiero decir, no sé si me explico, ¿cuáles son las horas de las comidas y dónde está el comedor, si es que existe? ¿Y las tabernas? Miré, pero no vi ni una sola en todo el camino, aunque antes tuve la esperanza de disfrutar de un buen trago de cerveza en cuanto llegásemos a esta ciudad de hombres tan sabios como corteses.

Beregond observó a Pippin con aire grave.

—Un verdadero veterano de guerra, por lo que veo —dijo—. Dicen que los hombres que parten a combatir en tierras lejanas viven esperando la oportunidad futura de comer y beber; aunque

yo, a decir verdad, no he viajado mucho. ¿Así que hoy todavía no has comido?

—Bueno, sí, en honor a la verdad, sí —dijo Pippin—. Pero sólo una copa de vino y uno o dos pastelillos blancos, por gentileza de tu señor; pero a cambio de eso me torturó con preguntas durante una hora, y ése es un trabajo que abre el apetito.

Beregond se echó a reír.

—Es en la mesa donde los hombres pequeños realizan las mayores hazañas, decimos aquí. Sin embargo, has desayunado tan bien como cualquiera de los hombres de la Ciudadela, y con más altos honores. Esto es una fortaleza y una torre de guardia, y ahora estamos en pie de guerra. Nos levantamos antes del sol, comemos un bocado a la luz gris del amanecer y partimos de servicio al despuntar el día. ¡Pero no desesperes! —Otra vez rompió a reír, viendo la expresión desolada de Pippin—. Los que han realizado tareas *pesadas* toman algo para reparar fuerzas a media mañana. Luego viene un refrigerio, al mediodía o más tarde de acuerdo con las horas del servicio, y por último, los hombres se reúnen a la puesta del sol para compartir la comida principal del día y la alegría que aún pueda quedarles. ¡Ven! Daremos un paseo y luego iremos a procurarnos un bocado con que engañar el estómago, y comeremos y beberemos en las almenas contemplando esta espléndida mañana.

—¡Un momento! —dijo Pippin, ruborizándose—. La gula, lo que tú por pura cortesía llamas hambre, ha hecho que me olvidara de algo. Pues Gandalf, Mithrandir como tú le llamas, me encomendó que me ocupara de su caballo, Sombragrís, un gran corcel de Rohan y la niña de los ojos del rey, según me han dicho, aunque se lo haya dado a Mithrandir en prueba de gratitud. Creo que el nuevo amo quiere más al animal que a muchos hombres, y si la buena voluntad de Mithrandir es de algún valor para esta ciudad, trataréis a Sombragrís con todos los honores: con una bondad mayor, si es posible, que la que habéis mostrado para con este hobbit.

—¿Hobbit? —dijo Beregond.

—Así es como nos llamamos a nosotros mismos —respondió Pippin.

—Me alegro de saberlo —dijo Beregond—, pues ahora puedo decirte que los acentos extraños no desvirtúan las palabras hermosas, y que los hobbits saben expresarse con gran nobleza. ¡Pero vamos! Debes presentarme a ese caballo notable. Adoro a los animales, y rara vez los vemos en esta ciudad de piedra; pero yo desciendo de un pueblo que bajó de los valles altos, y que anteriormente residía en Ithilien. ¡No temas! Será una visita corta, una mera empresa de cortesía, y de allí iremos a las despensas.

Pippin comprobó que Sombragrís estaba bien alojado y atendido. Pues en el séptimo círculo, fuera de los muros de la ciudadela, había unas caballerizas espléndidas donde guardaban algunos corceles veloces junto a las habitaciones de los emisarios del Señor: mensajeros siempre prontos para partir a una orden urgente del Senescal o de los capitanes principales. Pero ahora todos los caballos y jinetes estaban ausentes, en tierras lejanas.

Sombragrís relinchó cuando Pippin entró en el establo, y volvió la cabeza.

—¡Buen día! —le dijo Pippin—. Gandalf vendrá tan pronto como pueda. Ahora está ocupado, pero te manda saludos, y yo he venido a ver si todo anda bien contigo; y si descansas, espero, después de tantos trabajos.

Sombragrís sacudió la cabeza y pateó el suelo. Pero permitió que Beregond le sostuviera la cabeza gentilmente y le acariciara los flancos poderosos.

—Se diría que está preparándose para una carrera, y no que acaba de llegar de un largo viaje —dijo Beregond—. ¡Qué fuerte y orgulloso es! ¿Dónde están sus arreos? Deben ser ricos y hermosos.

—Ninguno es bastante rico y hermoso para él —dijo Pippin—. No los acepta. Si consiente en llevarte, te lleva; y si no,

no hay bocado, brida, fuste o rienda que lo dome. ¡Adiós, Sombragrís! Ten paciencia. La batalla se aproxima.

Sombragrís levantó la cabeza y relinchó, con tal poder que el establo entero se sacudió y Pippin y Beregond se taparon los oídos. En seguida se marcharon, después de ver que había forraje en abundancia en el pesebre.

—Y ahora a por nuestro forraje —dijo Beregond, y se encaminó de vuelta a la ciudadela, conduciendo a Pippin hasta una puerta en el lado norte de la gran torre. Allí descendieron por una escalera larga y fresca hasta una calle alumbrada con faroles. Había portillos en los muros laterales, y uno de ellos estaba abierto.

»Éste es el almacén y la despensa de mi compañía de la Guardia —dijo Beregond—. ¡Salud, Targon! —gritó por la abertura—. Es temprano aún, pero hay aquí un forastero que el Señor ha tomado a su servicio. Ha venido cabalgando de muy lejos con el cinturón apretado, y ha cumplido una dura labor esta mañana. Tiene hambre, ¡danos lo que tengas!

Obtuvieron pan, mantequilla, queso y manzanas: las últimas de la reserva del invierno, arrugadas pero sanas y dulces; y un odre de cerveza recién servido, y escudillas y tazas de madera. Pusieron las provisiones en una cesta de mimbre y volvieron a la luz del sol. Beregond llevó a Pippin al extremo oriental de las almenas sobre el gran espolón, donde había una embrasura y un asiento de piedra bajo el antepecho. Desde allí podían contemplar la mañana que se extendía sobre el mundo.

Comieron y bebieron, hablando ya de Gondor y de sus usos y costumbres, ya de la Comarca y de las regiones extrañas que Pippin había conocido. Y cuanto más hablaban más se asombraba Beregond, y observaba maravillado al hobbit, que sentado en el asiento balanceaba las piernas cortas, o se erguía de puntillas para mirar por encima del antepecho las tierras de abajo.

—No te ocultaré, Maese Peregrin —dijo Beregond— que para nosotros pareces casi uno de nuestros niños, un chiquillo de unas nueve primaveras; y sin embargo, has sobrevivido a peligros

y has visto maravillas tales, que pocos de nuestros viejos podrían jactarse de haber conocido otro tanto. Creí que era un capricho de nuestro Señor tomar un paje noble a la usanza de los reyes de los tiempos antiguos, según dicen. Pero veo que no es así, y tendrás que perdonar mi necedad.

—Te perdono —dijo Pippin—. Sin embargo, no estás muy lejos de lo cierto. De acuerdo con los cálculos de mis gentes soy casi un niño todavía, y aún me faltan cuatro años para llegar a la «mayoría de edad», como decimos en la Comarca. Pero no te preocupes por mí. Ven y mira y dime qué veo.

El sol subía. Abajo, en el valle, las nieblas se habían levantado, y las últimas se alejaban flotando hacia lo alto como volutas de nubes blancas arrastradas por la brisa, que ahora soplabla del Este, y que sacudía y encrespaba las banderas y los estandartes blancos de la ciudadela. A lo lejos, en el fondo del valle, a unas cinco leguas calculadas a ojo, el Río Grande corría gris y resplandeciente desde el noroeste, describiendo una vasta curva hacia el sur, y volviendo hacia el oeste antes de perderse en una bruma centelleante; más allá de la cual, a cincuenta leguas de distancia, estaba el Mar.

Pippin podía ver todo el Pelennor extendido ante él, moteado a lo lejos de granjas y muretes, pequeños graneros y establos; pero en ningún lugar vio vacas o ningún otro animal. Numerosos caminos y senderos atravesaban los campos verdes, y estaban muy ajetreados: había filas de carretones avanzando hacia la Gran Puerta, mientras otros salían y se alejaban. De tanto en tanto aparecía algún jinete, que se apeaba de un salto y entraba presuroso en la Ciudad. Pero el camino más transitado era la carretera mayor que torcía hacia el sur, y en una curva más pronunciada que la del Río bordeaba luego las colinas y se perdía a lo lejos. Era una carretera ancha y bien pavimentada, y a lo largo de su vera oriental corría una pista para jinetes ancha y verde, flanqueada por un muro. Los jinetes galopaban por la pista de aquí

para allá, pero unos carromatos cubiertos que iban hacia el sur parecían ocupar toda la calle. Sin embargo, Pippin no tardó en descubrir que todo se movía en perfecto orden: los carromatos avanzaban en tres filas, una más rápida tirada por caballos, otra más lenta, de grandes carretas adornadas con carpas multicolores tiradas por bueyes; y a lo largo de la vera occidental muchos carros más pequeños, arrastrados fatigosamente por hombres.

—Ésa es la ruta que conduce a los valles de Tumladen y Lossarnach, y a las aldeas de las montañas, y llega hasta Lebennin —explicó Beregond—. Hacia allá se encaminan los últimos carromatos llevando a los refugios a los ancianos, los niños y las mujeres que deben ir con ellos. Es preciso que todos se encuentren a una legua de la Puerta y hayan despejado el camino antes del mediodía: ésa fue la orden. Es una triste necesidad. —Suspiró—. Pocos, quizá, de los que hoy se separan volverán a reunirse alguna vez. Nunca hubo muchos niños en esta ciudad; pero ahora no queda ninguno, excepto unos pocos que se negaron a marcharse y a los que quizá se les encomiende alguna tarea: mi hijo entre ellos.

Callaron un momento. Pippin miraba inquieto hacia el este, como si miles de orcos pudieran aparecer de improviso e invadir las campiñas.

—¿Qué veo allí? —preguntó, señalando un punto en el centro de la curva del Anduin—. ¿Es otra ciudad, o qué?

—Fue una ciudad —respondió Beregond—, la capital del reino de Gondor, cuando Minas Tirith no era más que una fortaleza. Lo que ves en ambas márgenes del Anduin son las ruinas de Osgiliath, tomada e incendiada por nuestros enemigos hace mucho tiempo. Sin embargo, la reconquistamos en la época en la que Denethor aún era joven: no para vivir en ella, sino para mantenerla como puesto de avanzada, y para reconstruir el puente y que puedan pasar nuestras tropas. Pero entonces vinieron de Minas Morgul los Jinetes Cruels.

—¿Los Jinetes Negros? —dijo Pippin, abriendo mucho los ojos, ensombrecidos por la reaparición de un viejo temor.

—Sí, eran negros —dijo Beregond—, y veo que algo sabes de esos Jinetes, aunque no los mencionaste en ninguna de tus historias.

—Algo sé —dijo Pippin en voz baja—, pero no quiero hablar ahora, tan cerca, tan cerca... —Calló de pronto, y al alzar los ojos por encima del Río le pareció que todo cuanto veía alrededor era una sombra vasta y amenazante. Tal vez fueran sólo las montañas que acechaban al límite de la vista, con sus mellados picos desdibujados por veinte leguas de aire neblinoso; o quizá un banco de nubes que ocultaba una oscuridad todavía más profunda. Pero mientras miraba tenía la impresión de que la oscuridad crecía y se cerraba, muy lentamente, lentamente elevándose hasta ensombrecer las regiones del sol.

—¿Tan cerca de Mordor? —dijo Beregond en un susurro—. Sí, está allí. Rara vez la nombramos, pero hemos vivido siempre con esa oscuridad a la vista; algunas veces parece más tenue y distante; otras más cercana y espesa. Ahora la vemos crecer y oscurecerse, y así crecen también nuestros temores y nuestra desazón. Hace menos de un año los Jinetes Cruels volvieron a conquistar los pasos, y muchos de nuestros mejores hombres cayeron allí. Fue Boromir quien echó al enemigo por fin más allá de esta orilla occidental, y aún conservamos la mitad de Osgiliath. Por poco tiempo. Ahora esperamos una nueva acometida, quizá la más cruenta de la guerra que se avecina.

—¿Cuándo? —preguntó Pippin—. ¿Tienes alguna idea? Porque hace dos noches vi las almenaras encendidas, y a los emisarios. Y Gandalf dijo que era señal de que la guerra había comenzado. Me pareció que estaba ansioso por llegar. Sin embargo, se diría que ahora todo está en calma.

—Sólo porque ya todo está pronto —dijo Beregond—. No es más que bocanada antes de zambullirse en el agua.

—Pero ¿por qué estaban encendidas las almenaras hace dos noches?

—Es demasiado tarde para ir en busca de socorros si ya ha empezado el sitio —respondió Beregond—. Pero el Señor y los

Capitanes saben cómo obtener noticias, e ignoro qué deciden. Y el Señor Denethor no es como todos los hombres: tiene la vista larga. Algunos dicen que cuando por las noches se sienta a solas en la alta estancia de la Torre, y escudriña con el pensamiento por aquí y por allá, logra por momentos leer en el futuro; y que a veces hasta mira en la mente del Enemigo y lucha con él. Por eso está tan envejecido, consumido antes de tiempo. De todos modos, mi señor Faramir ha partido a cumplir alguna misión peligrosa del otro lado del Río, y es posible que haya enviado noticias.

»Pero si quieres saber lo que pienso, creo que fueron las noticias que llegaron esa noche de Lebennin lo que encendió las almenaras. Una gran flota se acerca a la desembocadura del Anduin, tripulada por los Corsarios de Umbar, en el Sur. Hace tiempo que dejaron de temer el poderío de Gondor, y se han aliado con Enemigo, y ahora intentan ayudarle a estándonos un duro golpe. Porque este ataque mermará gran parte del auxilio que contábamos recibir de Lebennin y Belfalas, donde sus gentes son robustas y numerosas. Por eso nuestros pensamientos se vuelven tanto más hacia el norte, hacia Rohan, y tanto más nos alegran las noticias de victoria que habéis traído.

»Y sin embargo... —hizo una pausa y se puso de pie, y miró en derredor, al norte, al este, al sur—, los acontecimientos de Isengard deberían ponernos sobre aviso: estamos envueltos en una gran red estratégica. Ya no se trata de simples escaramuzas en los vados, de correrías organizadas por las gentes de Ithilien y Anórien, de emboscadas y pillaje. Ésta es una gran guerra, largamente planeada, y en la que somos sólo una pieza más, diga lo que diga nuestro orgullo. Las cosas se mueven en el lejano Este más allá del Mar Interior, según las noticias; y en el norte y en el Bosque Negro y más lejos aún; y en el sur en Harad. Y ahora todos los reinos tendrán que pasar por la misma prueba: resistir... o sucumbir bajo la Sombra.

»No obstante, Maese Peregrin, tenemos este honor: nos toca siempre soportar los más duros embates del mayor odio del Señor

Oscuro, pues ese odioso alza desde los abismos del tiempo y emerge desde lo más profundo del Mar. Aquí es donde el martillo golpeará con mayor fuerza. Y por eso Mithrandir tenía tanta prisa. Porque si caemos ¿quién quedará en pie? ¿Y tú, Maese Peregrin, ves alguna esperanza de que podamos mantenernos en pie?

Pippin no respondió. Miró los grandes muros, y las torres y los orgullosos estandartes, y el sol alto en el cielo, y luego la oscuridad que se reunía y crecía en el Este; y pensó en los largos dedos de aquella Sombra; en los orcos que invadían los bosques y las montañas, en la traición de Isengard, en los pájaros de mal agüero, y en los Jinetes Negros en los senderos mismos de la Comarca... y en el terror alado, los Nazgúl. Se estremeció, y pareció que la esperanza se debilitaba. Y en ese preciso instante el sol vaciló y se oscureció un segundo, como si un ala tenebrosa hubiese pasado delante de él. Casi imperceptible, le pareció oír, alto y lejano, un grito en el cielo: débil pero sobrecogedor, cruel y frío. Pippin palideció y se acurrucó contra el muro.

—¿Qué fue eso? —preguntó Beregond—. ¿También tú sentiste algo?

—Sí —murmuró Pippin—. Es la señal de nuestra caída y la sombra del destino, un Jinete Cruel en el aire.

—Sí, la sombra del destino —dijo Beregond—. Temo que Minas Tirith esté a punto de caer. La noche se aproxima. Diría que me han arrebatado hasta el calor de la sangre.

Permanecieron sentados juntos un rato, en silencio, cabizbajos. Luego, de improviso, Pippin levantó la mirada y vio que todavía brillaba el sol y que los estandartes todavía ondeaban en la brisa. Se sacudió.

—Ha pasado —dijo—. No, mi corazón aún no desesperará. Gandalf cayó y ha vuelto y está con nosotros. Aún es posible que continuemos en pie, aunque sea sobre una sola pierna, o al menos nos mantendremos erguidos sobre las rodillas.

—¡Bien dicho! —exclamó Beregond, y levantándose echó a caminar de un lado a otro a grandes trancos—. Aunque tarde o temprano todas las cosas hayan de perecer, a Gondor no le ha llegado todavía la hora. No, aun cuando los muros sean conquistados por un enemigo implacable que levante una montaña de carroña ante ellos. Todavía nos quedan otras fortalezas y caminos secretos de evasión a las montañas. La esperanza y los recuerdos sobrevivirán aún en algún valle oculto donde la hierba siempre es verde.

—De cualquier modo, quisiera que todo termine de una vez, para bien o para mal —dijo Pippin—. No soy un guerrero en absoluto y el solo pensamiento de una batalla me desagrada; pero estar esperando una inminente de la que no podré escapar es lo peor que podría ocurrirme. ¡Qué largo parece ya el día! Me sentiría mucho más feliz si no estuviésemos obligados a permanecer aquí en observación, sin dar un solo paso, sin ser los primeros en asestar el golpe. Creo que, de no haber sido por Gandalf, Rohan no hubiera asestado jamás ningún golpe.

—¡Ah, aquí pones el dedo en una llaga que a muchos les duele! —dijo Beregond—. Pero las cosas podrían cambiar cuando regrese Faramir. Es valiente, más valiente de lo que muchos suponen; pues en estos tiempos a los hombres les cuesta creer que un capitán pueda ser, como él es, sabio y versado en los antiguos manuscritos de saberes y canciones del pasado, y al mismo tiempo un hombre intrépido y de decisiones rápidas en el campo de batalla. Sin embargo, así es Faramir. Menos temerario y vehemente que Boromir, pero no menos resuelto. Mas ¿qué podrá hacer en verdad? No nos es posible tomar por asalto las montañas de... de aquel reino de allí. Nuestro alcance ha sido reducido y no nos permite golpear al enemigo hasta que éste se acerque. ¡Así que nuestro golpe debe ser contundente!

Beregond golpeó con fuerza la guardia de la espada.

Pippin lo miró: alto, noble y orgulloso, como todos los hombres que hasta entonces había visto en aquel país; y los ojos le centelleaban de sólo pensar en la batalla. —¡Ay! —reflexionó—.

Débil y ligera como una pluma me parece mi propia mano. —Pero no dijo nada. ¿Un peón, había dicho Gandalf? Tal vez, pero en un tablero equivocado.

Hablaron así hasta que el sol llegó al cenit, y de pronto repicaron las campanas del mediodía, y en la ciudadela se sintió un ajetreo de hombres pues todos, con excepción de los centinelas de guardia, se encaminaban a tomar su refrigerio.

—¿Quieres venir conmigo? —dijo Beregond—. Por hoy puedes compartir nuestra cantina. No sé a qué compañía te asignarán, o si el Señor Denethor desea tenerte a sus órdenes. Pero entre nosotros serás bienvenido. Conviene que conozcas el mayor número posible de hombres, mientras todavía hay tiempo.

—Me hará feliz acompañarte —respondió Pippin—. A decir verdad, me siento solo. He dejado a mi mejor amigo atrás, en Rohan, y desde entonces no he tenido con quien charlar y bromear. Tal vez podría realmente entrar en tu compañía. ¿Eres el capitán? En ese caso ¿podrías reclutarme, o quizá hablar en mi favor?

—No, no —dijo Beregond, riendo—, no soy capitán. No tengo cargo, ni rango, ni señorío, y no soy más que un simple hombre de armas de la Tercera Compañía de la Ciudadela. Sin embargo, Maese Peregrin, ser un simple hombre de armas en la Guardia de la Torre de Gondor es considerado digno y honroso en la Ciudad, y en todo el reino se trata con honores a tales hombres.

—En ese caso, es algo que está por completo fuera de mi alcance —dijo Pippin—. Llévame de nuevo a nuestros aposentos, y si Gandalf no se encuentra allí, iré contigo a donde quieras... como tu invitado.

Gandalf no estaba en las habitaciones ni había enviado ningún mensaje; así que Pippin acompañó a Beregond y fue presentado

a los hombres de la Tercera Compañía. Al parecer Beregonnd ganó tanto prestigio entre sus camaradas como el propio Pippin, que fue muy bien recibido. Mucho se había hablado ya en la ciudadela del compañero de Mithrandir y de su largo y misterioso coloquio con el Señor; y corría el rumor de que un príncipe de los medianos había venido del Norte a ofrecer una alianza a Gondor con cinco mil espadas. Y algunos decían que cuando los Jinetes vinieran de Rohan, cada uno traería en la grupa a un guerrero mediano, pequeño quizá, pero valiente.

Si bien Pippin tuvo que desmentir lamentablemente esta leyenda esperanzadora, no pudo librarse del nuevo título, el único, al decir de los hombres, digno de alguien tan estimado por Boromir y honrado por el Señor Denethor; y le agradecieron que los hubiera visitado, y escucharon muy atentos el relato de sus aventuras en tierras extranjeras, ofreciéndole de comer y de beber tanto como Pippin podía desear. Y en verdad, sólo le preocupaba la necesidad de ser «cauteloso», como le había recomendado Gandalf, y de no soltar demasiado la lengua, como hacen los hobbits cuando se sienten entre gente amiga.

Al cabo de un rato Beregonnd se levantó.

—¡Adiós por esta vez! —dijo—. Estoy de guardia ahora hasta la puesta del sol, al igual que todos los aquí presentes, creo. Pero si te sientes solo, como dices, tal vez te gustaría tener un guía alegre que te lleve a visitar la Ciudad. Mi hijo se sentirá feliz de acompañarte. Es un buen muchacho, puedo decirlo. Si te agrada la idea, baja hasta el círculo inferior y pregunta por la Hostería Vieja en el Rath Celerdain, la Calle de los Lampareros. Allí lo encontrarás con otros jóvenes que se han quedado en la Ciudad. Quizá haya cosas interesantes para ver allá abajo, junto a la Gran Puerta, antes que cierren.

Salió, y los otros no tardaron en seguirlo.

Aunque empezaba a flotar una bruma ligera, el día era todavía luminoso, y caluroso para ser marzo aun en un país tan

meridional. Pippin se sentía somnoliento, pero la habitación le pareció triste y decidió descender a explorar la Ciudad. Le llevó a Sombragrís unos bocados que había apartado y que el animal recibió con alborozo, aunque nada parecía faltarle. Luego echó a caminar bajando por muchos senderos zigzagueantes.

La gente lo miraba con asombro cuando pasaba. Los hombres se mostraban con él solemnes y corteses cuando se los encontraba, saludándolo a la usanza de Gondor con la cabeza gacha y las manos sobre el pecho; pero detrás de él oía muchos comentarios, a medida que la gente que andaba por las calles llamaba a quienes estaban dentro para que salieran a ver al Príncipe de los medianos, el compañero de Mithrandir. Algunos hablaban un idioma distinto de la lengua común, pero Pippin no tardó mucho en aprender al menos qué querían decir con *Ernil i Pheriannath* y en saber que su condición de príncipe ya era conocida en toda la ciudad.

Recorriendo las calles abovedadas y muchas y hermosas callejas y aceras, llegó por fin al círculo inferior, el más amplio; allí le indicaron dónde estaba la Calle de los Lampareros, un camino ancho que conducía a la Gran Puerta. Pronto encontró la Hostería Vieja, un edificio grande de piedra gris erosionada por los años con dos alas que se extendían hacia atrás; entre ellas había un pequeño prado interior y detrás se alzaba la casa de numerosas ventanas; todo el ancho de la fachada lo ocupaba un pórtico sostenido por columnas y una escalinata que descendía hasta la hierba. Algunos chiquillos jugaban entre las columnas, los únicos niños que Pippin había visto en Minas Tirith, y se detuvo a observarlos. De pronto, uno de ellos advirtió la presencia del hobbit, y precipitándose con un grito llegó a la calle, seguido de otros. De pie frente a Pippin, lo miró de arriba abajo.

—¡Salud! —dijo el chiquillo—. ¿De dónde vienes? Eres un forastero en la Ciudad.

—Lo era —respondió Pippin—; pero dicen ahora que me he convertido en un hombre de Gondor.

—¡Oh, no me digas! —dijo el chiquillo—. Entonces aquí todos somos hombres. Pero ¿qué edad tienes y cómo te llamas? Yo he cumplido los diez, y pronto mediré cinco pies. Soy más alto que tú. Pero también mi padre es un Guardia, y uno de los más altos. ¿Qué hace tu padre?

—¿A qué pregunta he de responder primero? —dijo Pippin—. Mi padre cultiva las tierras de los alrededores de Fuente Blanca, cerca de Alforzada en la Comarca. Tengo casi veintinueve años, así que en eso te aventajo, aunque mida sólo cuatro pies, y es improbable que crezca más, salvo en sentido horizontal.

—¡Veintinueve años! —exclamó el niño, lanzando un silbido—. Vaya, ¡eres bastante viejo! Tan viejo como mi tío Iorlas. Sin embargo —añadió, esperanzado—, apuesto que podría ponerle cabeza abajo o tumbarte de espaldas.

—Tal vez, si yo te dejara —dijo Pippin, riendo—. Y quizá yo pudiera hacerte lo mismo a ti: conocemos unas cuantas triquiñuelas de lucha cuerpo a cuerpo en mi pequeño país. Donde, déjame que te lo diga, se me considera excepcionalmente grande y fuerte; y jamás he permitido que nadie me pusiera cabeza abajo. Y si lo intentaras, y no me quedara otro remedio, quizá me viera obligado a matarte. Porque cuando seas mayor aprenderás que las personas no siempre son lo que parecen; y aunque quizá me hayas tomado por un jovencuelo extranjero fácil de vencer, y una presa fácil, quiero prevenirte: no lo soy; ¡soy un mediano, duro, temerario, y malvado! —Y Pippin hizo una mueca tan fiera que el niño dio un paso atrás, pero en seguida volvió a acercarse, con los puños apretados y un centelleo belicoso en la mirada—. ¡No! —dijo Pippin, riendo—. ¡Tampoco creas todo lo que dice de sí mismo un extranjero! No soy un luchador. Sin embargo, sería más cortés que quien lanza el desafío se diera a conocer.

El chico se irguió con orgullo. —Soy Bergil hijo de Beregond de la Guardia —dijo.

—Justo lo que pensaba —dijo Pippin—, pues te pareces mucho a tu padre. Lo conozco, y él mismo me ha enviado a buscarte.

—¿Por qué, entonces, no lo dijiste en seguida? —preguntó Bergil, y una expresión de desconsuelo le ensombreció la cara—. ¡No me digas que ha cambiado de idea y que quiere enviarme fuera de la Ciudad, junto con las mujeres! Pero no, ya han partido las últimas carretas.

—El mensaje, si no bueno, es menos malo de lo que supones —dijo Pippin—. Dice que si en lugar de ponerme cabeza abajo prefieres mostrarme la Ciudad, podrías acompañarme y aliviar mi soledad un rato. En compensación, yo podría contarte algunas historias de países remotos.

Bergil batió palmas y rio, aliviado. —¡Todo marcha bien, entonces! —gritó—. ¡Ven! Dentro de un momento íbamos hacia la Puerta, a mirar. Iremos ahora mismo.

—¿Qué pasa allí?

—Esperamos a los Capitanes de las Tierras Lejanas; se dice que llegarán antes del crepúsculo por el Camino del Sur. Ven con nosotros y verás.

Bergil demostró que era un buen camarada, la mejor compañía que había tenido Pippin desde que se separara de Merry, y pronto estuvieron parlotando y riendo alborozados mientras recorrían las calles, sin preocuparse por las muchas miradas que la gente les echaba. A poco andar, se encontraron en medio de una muchedumbre que se encaminaba a la Gran Puerta. Y allí el prestigio de Pippin aumentó considerablemente a los ojos de Bergil, pues cuando dio su nombre y el santo y seña, el guardia lo saludó y lo dejó pasar; y lo que es más, le permitió llevar consigo a su compañero.

—¡Maravilloso! —dijo Bergil—. A nosotros, los niños, ya no nos permiten franquear la Puerta sin un adulto. Ahora podremos ver mejor.

Del otro lado de la Puerta una multitud de hombres ocupaba las orillas del camino y del gran espacio pavimentado al que desembocaban las distintas rutas a Minas Tirith. Todas las miradas

se volvían al sur, y no tardó en elevarse un murmullo: —¡Hay una polvareda allá, a lo lejos! ¡Ya están llegando!

Pippin y Bergil se abrieron paso hasta la primera fila y esperaron. Unos cuernos sonaron a la distancia, y el estruendo de los vítores llegó hasta ellos como un viento impetuoso. Se oyó luego un potente toque de clarín, y toda la gente que los rodeaba prorrumpió en gritos de entusiasmo.

—¡Forlong! ¡Forlong! —escuchó Pippin que gritaban los hombres.

—¿Qué dicen? —preguntó Pippin.

—Ha llegado Forlong —respondió Bergil—, el viejo Forlong el Gordo, el Señor de Lossarnach. Allí vive mi abuelo. ¡Hurra! Ya está aquí, mira. ¡El buen viejo Forlong!

A la cabeza de la comitiva avanzaba un caballo grande y de osamenta poderosa, y montado en él iba un hombre ancho de espaldas y enorme de contorno; aunque viejo y barbicano, vestía una cota de malla, usaba un yelmo negro y llevaba una lanza larga y pesada. Tras él marchaba, orgullosa, una polvorienta caravana de hombres bien armados y ataviados que empuñaban grandes hachas de combate; eran fieros de rostro, y más bajos de algún modo más morenos de piel que todos los que Pippin había visto en Gondor.

—¡Forlong! —lo aclamaba la multitud—. ¡Corazón leal, amigo fiel! ¡Forlong! —Pero cuando los hombres de Lossarnach hubieron pasado, murmuraron—: ¡Tan pocos! ¿Cuántos serán, doscientos? Esperábamos diez veces más. Les habrán llegado noticias de los navíos negros. Sólo han enviado una décima parte de las fuerzas de Lossarnach. Pero todo es ganancia, por poco que sea.

Así fueron llegando las otras compañías, saludadas y aclamadas por la multitud, y cruzaron la Puerta, hombres de las Tierras Lejanas que venían a defender la Ciudad de Gondor en una hora sombría; pero siempre en número demasiado pequeño, siempre menos de los que la esperanza anhelaba o la necesidad requería.

Los hombres del Valle del Ringló marchaban a pie detrás del hijo de su Señor, Dervorin: trescientos. De las tierras altas de Morthond, el ancho Valle de la Raíz Negra, el alto Duinhir acompañado por sus hijos, Duilin y Derufin, y quinientos arqueros. Del Anfalas, de la lejana Playa Larga, una columna de hombres muy diversos: cazadores, pastores, y habitantes de pequeñas aldeas, pobremente equipados, excepto la escolta de su señor Golasgil. De Lamedon, unos pocos montañeses salvajes y sin capitán. Pescadores del Ethir, un centenar o más, reclutados en las embarcaciones. Hirluin el Hermoso, venido de las Colinas Verdes de Pinnath Gelin con trescientos guerreros gallardos vestidos de verde. Y por último, el más soberbio, Imrahil, Príncipe de Dol Amroth, pariente del Señor Denethor, con estandartes dorados y el emblema del Navío y el Cisne de Plata, y una compañía de caballeros montados en corceles grises con todos sus arreos; y tras ellos setecientos hombres de armas, altos como señores, de ojos grises y cabellos oscuros, que cantaban mientras marchaban.

Y eso era todo, menos de tres mil en total. Y no vendrían más. Sus gritos y el pesado ruido de sus pasos se extinguieron dentro de la Ciudad. Los espectadores callaron un momento. El polvo flotaba en el aire, pues el viento había cesado y la atmósfera del atardecer era pesada. Se acercaba ya la hora de cerrar las puertas, y el sol rojo había desaparecido detrás del Mindolluin. La sombra se extendió sobre la Ciudad.

Pippin alzó los ojos, y le pareció que el cielo tenía un color gris ceniciento, como velado por una espesa nube de polvo que la luz atravesaba apenas. Pero en el Oeste el sol agonizante había incendiado el velo de sombras, y ahora el Mindolluin se erguía como una forma negra envuelta en las ascuas de una humareda ardiente.

—¡Que así, con cólera, termine un día tan hermoso! —reflexionó Pippin en voz alta, olvidándose del chiquillo que estaba junto a él.

—Así terminará si no regreso antes de las campanas del crepúsculo —dijo Bergil—. ¡Vamos! Ya suena la trompeta que anuncia el cierre de la Puerta.

Tomados de la mano volvieron a la Ciudad, los últimos en traspasar la Puerta antes que se cerrara, y cuando llegaron a la Calle de los Lampareros todas las campanas de las torres repicaban solemnemente. Aparecieron luces en muchas ventanas, y de las casas y los puestos de los hombres de armas, que se extendían a lo largo de la muralla, llegaban cantos.

—¡Adiós por esta vez! —dijo Bergil—. Llévale mis saludos a mi padre y agradécele la compañía que me mandó. Vuelve pronto, te lo ruego. Casi desearía que no hubiese guerra, porque podríamos haber pasado buenos momentos. Hubiéramos podido ir a Lossarnach, a la casa de mi abuelo; es maravilloso visitarlo en primavera, los bosques y los campos se cubren de flores. Pero quizá podamos ir algún día. El Señor Denethor jamás será derrotado, y mi padre es muy valiente. ¡Adiós y vuelve pronto!

Se separaron, y Pippin se encaminó de prisa de vuelta a la ciudadela. El trayecto se le hacía largo y empezaba a sentir calor y un hambre voraz, y la noche se cerró, rápida y oscura. Ni una sola estrella parpadeaba en el cielo. Llegó tarde a la cena, y Beregond lo recibió con alegría y lo sentó junto a él para oír las noticias que le traía de su hijo. Una vez terminada la comida Pippin se quedó allí un rato, pero no tardó en despedirse, pues sentía el peso de una extraña melancolía, y ahora tenía muchos deseos de ver otra vez a Gandalf.

—¿Sabrás encontrar el camino? —le preguntó Beregond en la puerta de la pequeña sala, en la parte norte de la ciudadela, donde habían estado sentados—. La noche es oscura, y aún más porque han dado órdenes de velar todas las luces dentro de la Ciudad; ninguna ha de ser visible desde fuera de los muros. Y puedo darte una noticia de otro orden: mañana por la mañana, a primera hora, serás convocado por el Señor Denethor. Me temo

que no te destinarán a la Tercera Compañía. Sin embargo, espere-
remos volver a encontrarnos. ¡Adiós y duerme en paz!

La habitación estaba a oscuras, excepto por un pequeño farol
puesto sobre la mesa. Gandalf no estaba. La tristeza de Pippin
era cada vez mayor. Se subió al banco y trató de mirar por una
ventana, pero era como asomarse a un lago de tinta. Bajó y cerró
la persiana y se acostó. Durante un rato permaneció tendido y
alerta, esperando el regreso de Gandalf, y luego cayó en un sue-
ño inquieto.

En mitad de la noche lo despertó una luz, y vio que Gandalf
había vuelto y que recorría la habitación a grandes trancos del
otro lado de la cortina de su alcoba. Sobre la mesa había velas y
rollos de pergamino. Oyó que el mago suspiraba y murmuraba:
—¿Cuándo regresará Faramir?

—¡Hola! —dijo Pippin, asomando la cabeza por la corti-
na—. Creía que te habías olvidado de mí. Me alegro de verte de
vuelta. El día fue largo.

—Pero la noche será demasiado corta —dijo Gandalf—. He
vuelto aquí porque necesito un poco de paz y de soledad. Harías
bien en dormir en una cama mientras sea posible. Al alba te lleva-
ré de nuevo ante el Señor Denethor. No, al alba no, cuando lle-
gue la orden. La Oscuridad ha comenzado. No habrá amanecer.